

La prosa de Alberti

Algunos temas y motivos recurrentes

En todas las épocas, y en todos los países, han existido y siguen existiendo escritores, conocidos principalmente por su obra poética, que también han sido o son autores de textos en prosa: Víctor Hugo parece ser en Francia el mejor ejemplo de este polifacetismo literario, que también caracterizó en nuestro siglo a Louis Aragon. En España, para no remontarse demasiado lejos en el tiempo, podemos citar a Espronceda, Zorrilla, García Lorca, Vicente Aleixandre, Antonio Machado, Luis Cernuda, Miguel Hernández que escribieron, además de poesías, prosas de varia índole e incluso teatro (a excepción, en cuanto a este último género, de Vicente Aleixandre). Tal es el caso de Rafael Alberti.

Sin embargo, es de lamentar que los estudiosos hayan dedicado preferentemente libros o artículos a la poesía de Alberti, y en segundo lugar, a su teatro, aunque mucho menos numerosos. (El trabajo más profundo y mejor documentado sobre las prosas albertianas es la tesis doctoral que leyó en Burdeos, hace dos años, Alan Swan). Y ello, algo paradójicamente, a pesar del inmenso éxito, no sólo en España a partir de su primera edición en la Península en 1975, sino en el mundo entero, de *La arboleda perdida*, libro vertido a muchos idiomas, y famoso desde la Unión Soviética hasta los Estados Unidos. Éxito por cierto merecido, primero por la excelsa calidad de su estilo, y segundo por el sumo interés documental que tiene, acerca de la vida de su autor, y de los acontecimientos que refiere Alberti, como testigo o participante de los hechos políticos y culturales de España y, en el segundo tomo de estas memorias, de los muchos países que tuvo ocasión de visitar.

Pero la producción de Alberti prosista no se limita a estas memorias con razón muy conocidas. La sola enumeración de los títulos de sus relatos, entrevistas, reportajes, artículos, prólogos a ediciones de libros de otros autores o a traducciones realizadas por él, prefacios de catálogos de exposiciones de artistas amigos, conferencias, estudios críticos, semblanzas... ocuparía todo el tiempo que se me ha concedido. Además habría que tener en cuenta que en varios de sus libros de poesía figuran textos en prosa, como los «pequeños diarios» sobre diversos temas, en *Poemas de Punta del Este* (1945-1956); las «Visitas a Picasso» que siguen las *Canciones del Alto Valle del Aniene* (1972), también acompañadas de fragmentos de «El desvelo, diario de la noche».

Estos ejemplos son significativos de las constantes interferencias entre verso y prosa en la producción albertiana (lo que vale también para su teatro); y podemos comprobar que en *La arboleda perdida*, especialmente en el segundo volumen, el autor incluye en la prosa de sus recuerdos muchas composiciones en verso.

Por todas estas razones, en vez de pasar revista de manera superficial al conjunto de la prosa de Alberti desde su primer artículo (de 1923) sobre Vázquez Díaz, hasta la fecha, me ha parecido más conveniente, y espero que de algún interés, entresacar de *La arboleda perdida*, así como de textos de contenido autobiográfico, algunos de los temas y motivos que, por su carácter recurrente en varias épocas de la vida de Rafael Alberti, demuestran el perdurable interés que éste tuvo o sigue teniendo por ellos.

El primero de los textos de este tipo es la *Autobiografía* publicada en *La Gaceta Literaria* de Madrid, el 1º de enero de 1929. Escrita en tono desenfadado y algo agresivo, esta prosa es una clave importante de la obra poética de Alberti hasta esa fecha. A propósito de *Sobre los ángeles*, cita los nombres de varios pintores y escritores: Bosco, Brueghel (viejo y joven), Bouts, Swedenborg, William Blake y «el águila del apóstol» [San Juan]. En el mismo texto, Alberti escribe: «[...] soy noruego: por intuición y por simpatía personal a Gustavo Adolfo Bécquer».

Dos años más tarde, declaró en una entrevista (la primera que dio en su vida, si no me equivoco) a José Luis Salado: «*Sobre los ángeles* marca en mi obra afinidades bien distintas: los poetas bíblicos Ezequiel, Isaías y San Juan; Baudelaire, Rimbaud y Bécquer». No me detendré en la influencia de estos «poetas bíblicos» en este libro, ya que ha sido estudiada por C. B. Morris y Armando Leal. Sólo diré que otro texto en prosa mandado por Alberti desde Berlín y publicado en *El Sol* del 14 de agosto de 1932, titulado *El barrio de los profetas. De las barbas de Ezequiel a la calva de Isaías*, revela el profundo y duradero interés del poeta por los escritos de los profetas: recuerda con toda precisión la historia sagrada que estudiara de niño, lo que explica el deseo que tuvo de volver a los «poetas bíblicos» en el momento de la composición de *Sobre los ángeles*. Para poner en guardia a los judíos de Berlín contra las persecuciones de los nazis, imagina que un Ezequiel actual sube a su carrillo de verduras, profetizando como el Ezequiel bíblico, al que Alberti parafrasea con una precisión que demuestra que conservaba en su memoria, casi literalmente, estos textos.

De los artistas y escritores citados en la autobiografía de 1929 y la entrevista de 1931, destacaremos a Baudelaire, Rimbaud y Bécquer, cuyos nombres reaparecerán varias veces en los escritos de Alberti —no hablo aquí de su posible influencia en su poesía, lo cual está fuera de mi propósito—, y a los que podemos considerar, por esta razón, como sus fieles y constantes compañeros de viaje, de aventura poética. Un soneto de *Marinero en tierra* lleva ya como epígrafe un verso del vate francés, «Homme libre, toujours tu chériras la mer» (Hombre libre, siempre amarás el mar). Además, creo que el propósito de Alberti en *Sobre los ángeles* responde al anhelo que Baudelaire expresa así: «Sumergirse en la sima - infierno o cielo, ¿qué importa?/ en el fondo de lo desconocido para hallar algo nuevo», en busca de lo que él llamaba

una «clave jeroglífica del mundo». En *La arboleda perdida*, confesando su «rigurosa aversión» a la palabra *voluptuosidad* y su equivalente francés, Alberti escribe que «Sólo Baudelaire [se] lo ha hecho aceptable en el estribillo de su *Invitation au voyage*: «Là, tout n'est qu'ordre et beauté, / luxe, calme et volupté», y, más lejos, hablando del cantaor Manuel Torres, escribe que éste coincide «con lo que Baudelaire pide a la muerte capitana de su viaje: "Au fond de l'Inconnu pour trouver du nouveau."» (Uno de los versos que acabo de citar). En 1943, Alberti publicó una traducción de los *Diarios íntimos* de Baudelaire, precedida de un prólogo cuyas siguientes líneas dan una de las razones profundas de su duradera simpatía: «¿Qué nos seduce hoy más en el Baudelaire de estos diarios íntimos? Su disconformidad con lo que le rodea. Época todavía la nuestra de tironazos y patadas, sentimos vivo en nosotros su rechinar de dientes, su salivazo de cada mañana contra el horrible rostro del miedo que le había tocado soportar y que le rebajaba hasta hundirle». Y termina: «[...] nadie habrá puesto más amor, conciencia y humildad en el traslado al castellano de estas maravillosas páginas». En el segundo volumen de *La arboleda perdida*, varias veces reaparece el poeta francés. En 1985, en Café de Flore de París, Alberti le evoca: «Siéntate aquí a mi lado, / Baudelaire»; su nombre va asociado al de Bécquer, ante el espectáculo, en un viaje a Utrecht, de las hojas caídas, que trae a su memoria el poema «Voici l'automne» etcétera. Y sabemos que en su casa madrileña, Alberti tenía una reproducción de la foto de Baudelaire, que unos policías tomaron en 1934 por el retrato de un peligroso terrorista.

De la presencia constante de Rimbaud entre los poetas queridos y admirados de Alberti, hay también numerosos testimonios en las obras de éste. Nos cuenta en *La arboleda perdida* que, cuando fue a saludar a Antonio Machado después de la concesión del Premio Nacional de Literatura, un librero «acababa de conseguir[le] un raro ejemplar de los poemas de Rimbaud», que «muy ufano» enseñó a Don Antonio, el cual lo dejó sobre una silla a su lado, dejando caer en él las cenizas de sus cigarrillos, volviéndolo así «aún más raro y valioso». Como a Rimbaud, a Alberti le fascinan las letras del alfabeto, que sirvieron de tema a la serie gráfica del gaditano llamada *El lirismo del alfabeto*. Escribe éste, en el poema que empieza:

Me siento arrebatado por las letras.
Rimbaud le dio color a las vocales,
mas cada letra —todo el alfabeto—
se exalta en un color, hace visible
hasta casi poder tocarlo, su sonido.

También evoca al poeta francés —junto con Baudelaire y Verlaine— cuando se encuentra, en el año 1985, en Bruselas.

Antes de referir la «loca admiración y gusto por los refrescos de colores y los helados» que tenía en su adolescencia y juventud, y recordando que se gastó unas 4.000 de las 5.000 pesetas del Premio Nacional de Literatura en 1925 en helados para él y sus amigos, cita dos versos de Rimbaud:

Vous demandez des bocks ou de la limonade...
On n'est pas sérieux quand on a dix-sept ans.

En *Versos sueltos de cada día*, encontramos por fin un pequeño poema de tono melancólico, encabezado por las palabras de Rimbaud, «Adieu chimères, idéals, erreurs», cuya traducción constituye un modo de estribillo de los versos de Alberti:

Adiós, quimeras, ideales, errores.
Adiós, sueños, que acabasteis en nada.
Veo una playa sola y una barca que vuelve
sin nunca haber partido.

Surgen en la memoria de Rafael Alberti estos poetas preferidos —entre otros muchos— cuando nace un sentimiento, cuando se presenta un recuerdo, cuando ocurre un acontecimiento que, como automática e inconscientemente, hace aflorar de pronto versos bellos, suscita una simpatía con ellos, gracias a la semejanza de la vivencia evocada. Por ello también siente el deseo de traducir, en el mismo poemario, los primeros versos de «*Mon enfant, ma soeur*» (Niña, hermana mía) de Baudelaire: porque sólo así le parece que puede expresar lo que le dicta su corazón en el momento de escribirlo.

La misma razón le lleva a encabezar, a modo de acotación, el poema «Tú te quisieras ir esta mañana», por las palabras «(Con cierto deje becqueriano)».

Del poeta de las *Rimas*, recordemos que en su entrevista ya citada de 1931, Alberti manifestó su preferencia por el «Bécquer sonámbulo que muy pocos han visto», afirmando con razón haber sido él el primero en rendirle homenaje. Luego añade que aclarará «todo eso —lo que es para mí Bécquer [...] en una biografía [...] que estoy escribiendo para la Editorial Plutarco», y que nunca vio la luz. Lorenzo Rivero y Morris han tratado de la influencia propiamente dicha del sevillano sobre el gaditano, y remito a sus estudios. Lo que me interesa hacer resaltar es la profunda e íntima comunión de espíritu y de pensamiento que existe entre ambos poetas, que podemos comprender mejor a partir de dicha entrevista y de otras prosas albertianas, especialmente el artículo *Miedo y vigilia de Gustavo Adolfo Bécquer* (agosto de 1931), que bien podría ser el prólogo o las primeras páginas del citado libro nonato. Alberti imagina aquí la descripción del estado de «fiebre y duermevela» (diría Antonio Machado) en el que se encontraba el autor de las *Rimas*, cuando su alcoba «estaba llena de espíritus que, a veces, tomarían cuerpo de objetos y seres determinados, pero que casi siempre eran impalpables, nebulosos, indefinidos: fantasmas», que «llegaba a palpar, a coger con la mano, a concretar, haciéndoles luego, al fundirles su sangre, criaturas tangibles de su poesía». Y también: «Todas las *Rimas* de Bécquer a mí se me aparecen como escritas a tientas, por la noche, sentado o recostado al borde de su lecho.» (El cursivado es mío). En *La arboleda perdida*, Alberti dice que escribió «a tientas, sin encender la luz» algunos poemas de *Sobre los ángeles*, y es fácil encontrar más paralelismos entre esta prosa sobre Bécquer y el principio del capítulo de las memorias de Alberti en el que describe el estado de crisis que le llevó a escribir *Sobre los ángeles*.

La arboleda perdida nos revela que, no sólo en aquellos años 1928-1929, sino en todo momento, Bécquer ha acompañado a Alberti: en 1920, después de muerto su padre y cuando empiezan los primeros síntomas de su enfermedad de pecho, volvió «de nuevo a visitar los cementerios con Bécquer en los labios». Y un día triste de otoño, irá con unos amigos al monasterio de Veruela: «El nublado cielo se me iba metiendo dentro —escribe— enneblinándoseme todo el camino de versos de Gustavo Adolfo Bécquer»; no disimula su amarga decepción al ver la supuesta celda del sevillano, «blanquedad con una pintura helada y espantosa». «Se destruyó —prosigue— mi imagen de Gustavo Adolfo, aquel que el genio de Rubén Darío creía ver flotar bajo un celeste palio de luz escandinava».

En Utrecht, durante la misma estación, Alberti, como hemos visto, recuerda el poema de Baudelaire («He aquí el otoño. Ese ruido misterioso suena como una despedida»), y cita un verso suyo de *Se han ido*, en el que dice de las hojas muertas que son «como los huesos que no adquirieron en la vida la propiedad de una tumba», añadiendo: «oyéndose, distante, en ese momento de su agonía, hablar, como en Gustavo Adolfo Bécquer, el melancólico lenguaje de la separación».

En *La arboleda perdida*, cada vez que Alberti se encuentra sumergido en un ambiente otoñal, surge el recuerdo del poeta sevillano, uno de los motivos más frecuentes de este libro de memorias. En el segundo volumen, Alberti cuenta que, un día, amaneció Madrid sumergido en la niebla. «Me siento —escribe—, soy huésped de las nieblas», y se rememora su estancia en Tudanca en 1928, donde estuvo, dice «con Bécquer, con aquel Gustavo Adolfo sevillano, que soñaba envuelto, diluido en las brumas escandinavas». Y a continuación reproduce algunas frases de su citado artículo de 1931, añadiendo: «Y bajo su sola gran influencia me sumergí en las nieblas de Tudanca, dividiendo mi naciente libro *Sobre los ángeles* en tres partes tituladas “Huésped de las nieblas”».

Como vemos, el Bécquer que le atraía, con quien está en sintonía espiritual, es el de las brumas, la duermevela, la angustia. *La arboleda perdida* nos permite pues —y ya en parte tempranamente la autobiografía de 1929 y la entrevista de 1931 ya citadas— comprender mejor esta duradera comunión entre ambos poetas españoles, así como la simpatía con Rimbaud y, en más alto grado, con Baudelaire: en este último caso, según lo demuestra otra prosa albertiana, el prólogo a la traducción de sus *Diarios íntimos*.

La atracción que estos poetas ejercen sobre Rafael Alberti se puede explicar, desde otro punto de vista, por el hecho de que fueron, cada uno a su manera, unos seres aparte, rechazados o mal comprendidos por la sociedad de su tiempo, a la cual ellos mismos rechazaban también por su parte, porque no estaban de acuerdo con las «normas», con el «orden» contra los cuales se rebelaron. Y sabemos que la rebelión y la lucha por el completo desarrollo del hombre y contra las trabas de toda clase que lo frenan son unas constantes de toda la obra de Alberti; muchos de sus escritos en prosa lo demuestran: no sólo ciertos capítulos de *La arboleda perdida* en los que refiere los episodios de sus combates políticos y sociales, sino los relatos que escribió